



Artículos

El liderazgo estadounidense bajo la lupa: una mirada desde la perspectiva de los condicionantes domésticos

*Anabella Busso*¹

En el siglo XX Estados Unidos ejerció la condición de superpotencia y actor central del orden internacional liberal. Con el fin de la Guerra Fría, durante los años 90 no sólo se posicionó como el gran ganador de la disputa ideológica, sino como un actor que claramente podía universalizar sus intereses y, también, sus valores. Así, democracia y economía de mercado (muy especialmente las finanzas internacionales) devinieron en ejes estructurantes de la globalización neoliberal consolidados, en épocas de Bill Clinton, bajo la llamada “hegemonía benevolente”.

A lo largo de las últimas dos décadas este predominio enfrentó desafíos de diversos orden: los ataques terroristas de 2001 (que fueron atendidos a través de la militarización de la política exterior en el marco de la guerra contra el terrorismo); la crisis económico-financiera de 2008 (abordada a través de la acción estatal que fue notoria, pero direccionada mayoritariamente a la asistencia del sistema financiero) y en 2020 la pandemia de Coronavirus que abrió muchas heridas preexistentes y puso en cuestión la manera en que la administración Trump gestionó la situación en comparación con otros actores centrales. A lo largo de todo este período se fue generando el empoderamiento de otros actores estatales, entre los que se destaca la República Popular China, aunque no solamente en tanto numerosos países del Asia-Pacífico se han desarrollado y modernizado de manera significativa. Consiguientemente, la posibilidad de diagnosticar los desafíos a la hegemonía estadounidense como fruto exclusivo de las variables sistémicas

¹ Coordinadora del Departamento de América del Norte y docente de la Maestría en Relaciones Internacionales del IRI. Profesora Titular de la UNR, Investigadora Independiente de CONICET y Directora del Centro de Investigación en Política y Economía Internacional (CIPEI).

encontraron sustento, a veces reales otras no tanto: primero fueron los “terroristas islámicos”, el “crecimiento de los otros” y, finalmente, el “virus chino”, mientras que en lo que se refiere a la crisis financiera las culpas fueron compartidas con otros actores occidentales.

Llama la atención que a lo largo de las dos décadas transcurridas con anterioridad a la pandemia de COVID-19 en las cuales se evidenciaron tanto ejemplos de crisis del orden internacional liberal como crisis de las democracias occidentales (causadas por fallas de la representación política a las que las sociedades nacionales respondieron optando por populismos de derecha, derechas alternativas o reivindicaciones a las autocracias capitalistas), los políticos de Estados Unidos hayan insistido con su excepcionalidad sin analizar que, en su escenario doméstico, muchos de las bases de esa excepcionalidad estaban siendo lesionadas mientras que otras comenzaban a deconstruirse porque nunca habían sido tan nobles como el relato las describía. Dicho de otra manera, no existió una mirada doméstica que pusiese atención al deterioro del sistema político-social que históricamente había sido enarbolado como el modelo que Estados Unidos debía difundir en el mundo.

Si hacemos un breve recorrido histórico se detecta que una de las notas distintivas en la construcción ideacional del poder estadounidense es la noción de excepcionalismo. Desde la etapa fundacional de la nación se fue consolidando el supuesto de que el país, por diversas razones, poseía un conjunto de virtudes que convertían a su sociedad y a su sistema político en un caso virtuoso que debería ser emulado por otros estados.

Tal como lo hemos señalado en investigaciones previas (Busso, 2008), esta noción de excepcionalidad se nutría de varias fuentes. Por una parte, estaba aquella de origen político-ideológico. Dentro de esta línea se destaca una que vincula el surgimiento de Estados Unidos con la aparición de una ideología nueva que dio marco a la estructuración de un sistema político y social de carácter único: democrático, estable y moderno. En esta visión aparece la idea de nación organizada en torno a una ideología que incluye un conjunto de dogmas acerca de la naturaleza de una sociedad buena. Así, Lipset (2000) atribuye el carácter excepcional de Estados Unidos al hecho de que ese país ha nacido de una revolución que lo independizó y lo transformó en la “primera nación nueva”, la primera colonia –aparte de Islandia– que se independizó y definió ideológicamente su razón de ser. Como observó el historiador Richard Hofstadter: “Ha sido nuestro destino como nación no tener ideologías, sino ser una” (citado por Lipset, 2000: 15). De este modo, Hofstadter reiteró el énfasis puesto por Ralph Waldo Emerson y Abraham Lincoln en la “religión política” del país, aludiendo, en efecto, a la frase del primero de ellos en el sentido de que volverse norteamericano era un acto religioso, es decir, ideológico. Esto diferencia a Estados Unidos ya que, dejando aparte a la ex Unión Soviética, la mayoría de los países se definen por una historia común como comunidades por nacimiento y no por ideología (Lipset, 2000).

Los argumentos que se inscriben en esta línea terminan destacando no sólo la idea de que la sociedad estadounidense es una sociedad buena, sino también que la excepcionalidad está ligada a la falta de una carga histórica y, además, a las particularidades de la estructura social y partidaria estadounidense la cual ha mostrado diferencias con otros países en tanto se conformó en ausencia de una tradición feudal, con el predominio de valores individualistas y en un contexto de prosperidad económica creciente. Por eso David Gerber analizando la estructura social y la formación de clases en Estados Unidos ha considerado como nota distintiva el hecho que los empresarios burgueses y sus aliados ejercieran la autoridad moral y social de tal manera que las diferencias de clase entre los artesanos y otros grupos ocupacionales se achicaban, creando así un orden social burgués (Gerber, 1989 citado por Kammen, 1993: 21).

A pesar que buena parte de esta descripción es cierta corresponde destacar que hubo excepciones y que, desde la década de 1980 con la revolución neoconservadora de Reagan y luego con el neoliberalismo progresista (Fraser, 2017) en épocas de Clinton, la situación comenzó a cambiar significativamente para varios sectores de la sociedad estadounidense. En este marco, las posibilidades de prosperidad económica y las libertades siempre fueron acotadas para los afroamericanos por el racismo fundacional/estructural que se prolonga hasta nuestros días. Por otra parte, la clase trabajadora blanca también se vio afectada con el paso del modelo de capitalismo productivo al de capitalismo financiero consolidado desde los 80. Crisis de la sindicalización y desempleo se dieron en paralelo a las mutaciones dentro del capitalismo, mientras un fuerte proceso de concentración de riqueza instaló en el olvido los criterios de reparto del ingreso existentes en la época del Estado de Bienestar. Por ello, en nuestros días, y más allá de la reticencia a aceptarlo en función de la tradición de excepcionalismo, las cuestiones de clase están presentes y se entrelazan con las cuestiones raciales y las poblaciones migrantes.

Una segunda línea de causalidad del excepcionalismo se vincula a cuestiones geográficas y ambientales. Esta mirada se articula a partir de la idea de que el territorio norteamericano ofrecía desde los inicios condiciones ambientales que facilitaron la prosperidad individual y colectiva y que dieron marco al surgimiento de una nación nueva dotada de todo lo naturalmente posible para garantizar un éxito que la ubicaría como centro de irradiación de una nueva cultura universal. Además, esta prosperidad ligada a la geografía está en estrecha conexión con la ausencia de las clases sociales en sentido europeo a la que hacíamos referencia en el punto anterior. La incorporación de la variable ambiental como causa del excepcionalismo datan del período colonial, especialmente del siglo XVIII, cuando se convirtió en un cliché denominar a Virginia, o a Pensilvania, *“the best poor man’s Country in the World”* (Kammen, 1993: 8). Bajo esta visión Kammen se pregunta: ¿Quién hubiera imaginado tal clima templado, tal tierra fértil, tales cosechas tan abundantes? Dicho mito reforzaría la creencia ya antigua de que Estados Unidos estaba predestinado a ser una Nueva Jerusalén, un sitio especialmente favorecido por Dios, quizá el mismo lugar que Él había elegido para iniciar el Reino de Cristo. Jonathan Edwards creía que Estados Unidos tenía un destino espiritual único, y

que el milenio comenzaría en Nueva Inglaterra, lo cual tuvo implicancias seculares de auto-confianza durante la era revolucionaria y la joven república (Kammen, 1993: 8).

Esta admiración entorno a las virtudes de la geografía y naturaleza hoy también están en debate. El cuidado, en términos ambientales de la casa propia y la casa global, no es parte de las políticas públicas del partido republicano y, menos aún, del presidente Trump y de ciertos intereses corporativos que canalizan sus demandas a través de los *lobbies*. Tampoco aparece dentro de los debates de este partido uno de los análisis más consolidados en el contexto actual el cual señala a la crisis ambiental como un posible – casi seguro– escenario que en breve podría afectarnos globalmente sin que podamos invocar un nuevo cisne negro. Por otra parte, las consecuencias de las catástrofes ambientales afectan en porcentajes muy significativos a los más desprotegidos. Si para muestra sobra un botón, viene a nuestra memoria el huracán Katrina y sus efectos sobre la población afroamericana y pobre de Nueva Orleans.

Finalmente, nos encontramos con la más conocida de las fuentes de la excepcionalidad estadounidense: su componente religioso, el cual ha tenido fuerte impacto sobre las políticas domésticas y sobre la política exterior.

Para abordar esta cuestión es necesario en primer lugar destacar el rol que la religión ha tenido como elemento articulador de la moralidad estadounidense no asociada al Estado, pero sí apegada a las leyes. Tocqueville (1987) destacó que la base desjerarquizada sobre la cual se asentó la religión en Estados Unidos favoreció la aparición de un mundo cristiano funcional a la vida democrática y republicana. En dicho sentido, entendió que la desvinculación de la autoridad papal que caracterizó al protestantismo le otorgó un poder sobre el individuo que le permitió sortear los avatares que sufre la religión cuando se presenta asociada al poder político. La ética religiosa norteamericana no sólo es funcional para una economía burguesa sino que, como lo observó Tocqueville, también lo es para una entidad política liberal. En este sentido señaló que “el puritanismo no sólo era una doctrina religiosa, sino que en muchos puntos correspondía a las teorías democráticas y republicanas más absolutas” (Tocqueville, 1987: 57). Dado que la mayor parte de las iglesias protestantes son congregacionalistas y no jerárquicas, han fomentado los valores igualitarios, individualistas y populistas, que son anti-elitistas. Por tanto, la mentalidad política y la religiosa se han reforzado mutuamente.

Esta característica ha permeado las políticas domésticas y también la conducta social de gran parte de la sociedad estadounidense. En muchas regiones del país su vigencia es notoria. Sin embargo, al igual que otros aspectos del excepcionalismo, a partir de la década de los setenta del siglo pasado comenzó a alterarse. Grupos religiosos y movimientos sociales con un perfil religioso muy marcado comenzaron a tejer cada vez más vínculos con el poder político, especialmente con el partido republicano. Así, en los 80 durante la administración Reagan la Nueva Derecha y la Mayoría Moral participaron del gabinete e impusieron –junto a los neoconservadores– parte de la agenda pública que se oponía a temas como el aborto, el matrimonio igualitario y, más adelante, durante la gestión de George W. Bush, lograron recortar el financiamiento público para

investigaciones sobre células madres embrionarias. Parte de estos sectores, en el presente se identifican con la “derecha alternativa” y su propuesta de luchar contra la herencia cultural marxista. La consecuencia política de este proceso no es la defensa de principios religiosos, a la cual todo sector social tiene derecho, sino la creciente derechización del proceso político y su impacto sobre el partido republicano. En consonancia con este análisis varios autores consideran que el *Grand Old Party*, ya no es lo que era. Sus posturas acentúan cada vez más la grieta política y social que, como dijimos, ha dañado a las democracias occidentales y, de hecho, en 2015, catorce candidatos vieron cómo en las primarias les ganaba Donald Trump: un *outsider* de la política que estaba aún más a la derecha que todos ellos.

El campo de influencia del excepcionalísimo religioso en la política exterior de Estados Unidos ha sido aún más notorio que en el doméstico y, por otra parte, también ha dado insumos a lecturas laicas que justifican las acciones externas (condicionalidades, sanciones, guerras, intervenciones militares, entre otras) decididas por sus gobiernos. Por esta razón, la política exterior inspirada en el liberalismo idealista en muchas ocasiones ha sido igual o más invasiva de la vida política y económica de terceros estados. Dicho en palabras cotidianas la tradición del partido demócrata en el siglo XX y parte del XXI no ha escapado a estas influencias y tampoco se ha alejado tanto de las propuestas republicanas con su visión misionera.

Cuáles son los argumentos en que se basa esta postura. En primer lugar los estadounidenses se presentan como moralistas utópicos, entienden que ellos se esfuerzan por institucionalizar la virtud, por destruir a los malos y por eliminar las instituciones y las prácticas malignas. Una mayoría dijo que Dios era la fuerza moral que guiaba la democracia norteamericana. Tienden a considerar los dramas sociales y políticos como obras moralizantes, como batallas entre Dios y el diablo, de modo que es imposible un acuerdo entre ellos. Samuel Huntington estableció que los norteamericanos atribuyen a su nación y a su credo “muchos de los atributos y funciones de una iglesia” (Huntington, 1981: 158-159 citado por Lipset, 2000: 81). Éstos se reflejan, tal como lo señala Bellah, en la “religión cívica” norteamericana, que ha dado “una dimensión religiosa a toda la urdimbre de la vida norteamericana, incluso la esfera política” (Bellah, 1970: 175 citado por Lipset, 2000: 82). Este país se consideraba ya desde la época de los Padres Fundadores una nueva Israel: “Estados Unidos es la tierra prometida. Dios ha guiado a su pueblo para que establezca una nueva especie de orden social que será luz para todas las naciones” (Wald, 1987: 48-55 citado por Lipset, 2000: 81).

Para el historiador, Arthur Schlesinger, la idea de que el reino de Dios imperaba en América permitió recorrer rápidamente la corta distancia entre la salvación nacional y la salvación del mundo. Así se desarrolló la impresión de que en los Estados Unidos de América el Todopoderoso había hallado una nación única por su virtud y magnanimidad, exenta de las motivaciones que impulsaban a todos los otros Estados. Esta corriente se acentuó en el siglo XX con el pensamiento de Wilson y, cuatro décadas después, la teoría de América como salvadora del mundo recibió el impulso de John Foster Dulles, quien fomentó desde entonces la participación en Vietnam. En 1965 el presidente Johnson

declaró “La historia y nuestras propias realizaciones han arrojado sobre nosotros la principal responsabilidad para la protección de la libertad sobre la tierra” (1963). Así, la alucinación llevó a la República de la idea original de América como experimento ejemplar a la idea reciente —se refiere a los Estados Unidos neoconservadores de los años ochenta— de América como juez, jurado y ejecutor designado de la humanidad” (Schlesinger, 1990: 34 y 35).

La historia de Latinoamérica fue marcada por las consecuencias políticas y económicas de la lectura religiosa del excepcionalismo estadounidense. La teoría de las dos esferas, la Doctrina Monroe, la teoría del Destino Manifiesto, la idea de imperialismo moral, el concepto de superpotencia benevolente son, entre otras, los argumentos más conocidos a los que recurrieron quienes desde la idea de un Estados Unidos misionero (versión religiosa) o un Estados Unidos superior por la calidad de sus valores e instituciones (versión laica) debía regir los destinos de la región.

La idea de mantener este tipo de influencia aparece en los discursos de campaña electoral. Trump dice que su trabajo se orienta a recuperar el pasado exitoso para hacer a América grande otra vez y continuar con la consigna de *American Firts* como guía política, mientras que los demócratas comenzaron a subrayar la necesidad de articular la política doméstica con la externa sin renunciar a la idea del liderazgo global. En su plataforma electoral sostienen:

Democrats believe that we can only be strong in the world when we are strong and united at home. We believe that a healthy democracy, just society, and inclusive economy are essential prerequisites for effective American leadership abroad. And we believe that the ultimate measure —and purpose— of our foreign policy is whether it protects and advances America’s security, prosperity and values—and delivers results for all Americans. (2020 Democratic Party Platform, 62)

Sin embargo existen, entre muchas más, dos situaciones que desafían el excepcionalismo estadounidense: sus valores domésticos ya no puede ser expuestos como ejemplos en tanto los acontecimientos del año 2020 mostraron como los mismos no son muchas veces respetado al interior de sus propias fronteras y, además, la práctica de exigir la emulación de los valores y las instituciones estadounidense choca con la práctica de China que, como actor contra-hegemónico, no hace uso de las condicionales para que terceros países cambien sus sistemas políticos y sus modelos de desarrollo, como exigencia previa a cualquier instancia de intercambio comercial, de inversión o financiera. Todo esto en un contexto de crisis del orden internacional liberal y con un presidente como Trump que ha renunciado a la generación de bienes públicos globales.

Los procesos de construcción identitaria nacional e internacional son dinámicos. El excepcionalismo fue un aspecto central de dicha construcción en los Estados Unidos y le permitió por casi dos siglos argumentar a favor de un proceso de acumulación de poder, tarea que desde las ideas y los intereses de Washington fue realizada exitosamente. Si bien sus atributos de poder internacional en el presente son menores en términos comparativos con los de décadas anteriores, siguen siendo muy significativos. De

hecho el país conserva aún la condición de Estado más poderoso del planeta. Sin embargo, el giro del orden internacional hacia las regiones del Asia-Pacífico y el Índico, trae consigo un dato distintivo desde la conformación del orden westfaliano en adelante: los nuevos actores con posibilidades ciertas de liderar tienen otras pautas culturales y buscarán maneras para una mayor difusión (quizás una universalización) de las mismas. La idea de imponer el modelo estadounidense como criterio general del orden internacional es hoy menos plausible que antes. Si a esta situación la enmarcamos en un escenario de crisis del sistema político, económico y social estadounidense a nivel nacional queda claro que el país deberá atender esas situaciones y, como todo proceso identitario, con el devenir de los cambios deberá ajustarse, incluyendo en esa tarea la revisión de sus conceptos centrales: entre ellos el excepcionalismo. De no hacerlo es probable que, usando la expresión de Zakarias, el crecimiento de los otros pueda ser más rápido o más lento, pero el deterioro del liderazgo estadounidense ya está transitando un camino que va de adentro hacia afuera.

Para analizar estas tendencias a lo largo de 2020 a continuación sumamos tres ensayos muy breves donde reflexionamos sobre algunas tendencias del escenario doméstico de los Estados Unidos.

Primer ensayo

¿Qué está pasando en Estados Unidos?²

Anabella Busso

En las últimas semanas la pregunta ¿qué está pasando en Estados Unidos? apareció como una inquietud para políticos, académicos y periodistas. Pandemia; movilizaciones y disturbios reclamando el fin de la segregación racial y la violencia policial; propuestas de militarización para afrontar las tensiones domésticas; grupos sociales con posturas extremas y portación de armas en plena calle; una sociedad agrietada; un contexto electoral impredecible donde se observan: rigideces entre el gobierno central y los gobiernos estatales en torno a la gestión de la crisis sanitaria y de seguridad pública; declaraciones contrarias a las posturas de Donald Trump por parte de ex presidentes, militares retirados y funcionarios en ejercicio; una oposición política que se resiste a incorporar cambios en el partido Demócrata y un Presidente que atiza la conflictividad pretendiendo invocar la ley y el orden, aunque en realidad esa postura también puede ser considerada un signo de debilidad o un recurso de última instancia para fortalecer su poder.

² Este artículo fue publicado en "1991. Revista de Estudios Internacionales", 2 (1), 153-159, Universidad Nacional de Córdoba el 30 de julio de 2020. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/revesint/article/view/29698>

Sí, aunque luzca inaudito, todo esto ocurre simultáneamente en el país más poderoso del mundo que, además, se auto referencia como cuna de la institucionalidad democrática. Semejante escenario no puede ser analizado desde una perspectiva unicausal: no es la pandemia o el asesinato brutal de George Floyd a manos de la policía de Minneapolis, son un conjunto de tensiones que muestran una falla sistémica que se manifiesta en la política, la economía y la sociedad estadounidense como consecuencia de una historia de segregación racial y cinco décadas de políticas neoliberales implementadas por republicanos y demócratas de manera creciente.

Este proceso ha generado un efecto acumulativo de descreimiento y decepción de los sectores sociales más afectados quienes sienten que la clase política está cada vez más lejos de los problemas de la gente común. Si bien esto no acontece sólo en Estados Unidos en tanto las movilizaciones de las sociedades nacionales requiriendo cambios en las áreas de educación, salud, jubilaciones, calidad democrática han cruzado el planeta desde inicios de 2019, también es verdad que Washington tuvo varios llamados de atención que el *establishment* político y económico no tomó en cuenta, o intentó desacreditar para que nada cambie. En este marco se incluyen hechos como la conformación de nuevos movimientos sociales como *Occupy Wall Street* y *Black Lives Matter*, el desempeño de Bernie Sanders y sus propuestas de socialismo democrático en la primarias demócratas en 2015 y 2020 reclamando correcciones sobre la influencia del sector financiero y la creciente concentración de la riqueza y el triunfo de Donald Trump que, como afirma Nancy Fraser (2017), fue una más de una serie de insubordinaciones políticas espectaculares que, en conjunto, apuntaron a un colapso de la hegemonía neoliberal. Efectivamente, Trump es una muestra de la crisis de las democracias occidentales. Estas transitaron por situaciones de grieta, atomización y rupturas del consenso político. Trump es votado como una crítica a eso, pero en realidad es la última versión de la crisis del neoliberalismo de los últimos 40 años. Dicho de otra manera, Trump es una consecuencia de un proceso preexistente y no la causa aunque, claro está, desde el Salón Oval, se encargó de complicar aún más la situación.

La pandemia de COVID-19 en algún momento cederá y probablemente también lo hagan las movilizaciones sociales cuando se restablezcan las actividades laborales. Entonces, ¿cuál es la diferencia de este momento con otras etapas históricas? ¿Por qué existe una percepción de que el sistema político, económico y social de Estados Unidos enfrenta un punto de inflexión? Sólo a los efectos de ejemplificar, menciono algunas tendencias que se han agravado y sustentan dicha percepción.

- a- Estamos frente a una agudización de la crisis del orden internacional liberal establecido después de la Segunda Guerra y también ante una crisis de la globalización neoliberal. Estados Unidos ha sido un actor central en ambos procesos y las condiciones sistémicas y domésticas actuales afectan sus atributos de poder.
- b- La identificación de su sistema político con la institucionalidad democrática está bajo la lupa. Entre las cuestiones relevantes se encuentran las fallas al momento de votar. Actualmente se registran serias dificultades en las votaciones primarias.

Como declaró la Senadora Warren (2020) “colas de horas, máquinas rotas, sistemas caídos: así no es como se ve la democracia. Debemos garantizar una votación segura, fácil y accesible antes de que esto suceda en todo el país en noviembre y privar de derechos a millones de votantes. Esta es la elección más crítica de nuestras vidas, y los estadounidenses no deberían tener que faltar al trabajo, esperar horas o arriesgar su salud para hacer oír su voz”. O como afirmó Stephen Walt (2020) “Donald Trump y el partido republicano harán todo lo posible para obtener una victoria, y no podemos descartar un intento de Trump de manipular o posponer las elecciones si queda claro que va a perder”. A esto hay que agregar la oposición del gobierno federal para que se pueda votar por correo en noviembre, en un marco donde no se puede asegurar que no existirá algún rebrote de COVID-19. La base dura de votantes de Trump está segura (van a votar), mientras que el resto de las medidas afecta especialmente a quienes no votarían por él.

- c- En el contexto de pandemia y manifestaciones antirracistas Trump recrudesció su lenguaje enarbolando aún más conceptos xenófobos, racistas, misóginos y engalanando a los supremacistas blancos y a los defensores del uso de armas. También tuvo expresiones muy duras hacia los gobernadores demócratas y personalidades de la política tanto demócratas como republicanas. La idea de profundizar la grieta es cada vez más fuerte. La política se plantea en términos de suma cero.
- d- El incremento de la violencia como modalidad de expresión política y como mecanismo para establecer la ley y el orden. En el primer caso se destacan una variedad de grupos extremistas. Entre ellos los supremacistas blancos (que defienden la guerra racial, el uso de armas y tienen una postura contraria a la cuarentena); *boogaloo*, esta palabra es una forma de decir “segunda guerra civil” o “colapso social” y es el nombre elegido por un grupo extremista descentralizado (una confederación de militantes armados de diferentes rasgos ideológicos -algunos tienen posturas racistas y otros se oponen a la discriminación- pero que tienen en común la obsesión por una nueva contienda y el miedo a que el Gobierno federal les arrebatase las armas. Suelen recurrir a un discurso libertario y por ello se oponen al aislamiento en tanto limita sus libertades. Sus miembros debaten estrategias en internet y han demostrado que se pueden movilizar rápidamente. Fueron parte de quienes tomaron el Capitolio Estatal de Michigan. En el extremo opuesto se encuentran los radicales anarquistas y de izquierda, agrupados bajo el nombre de Antifa (por “antifascista”). Aunque Trump nada dijo sobre los supremacistas y *Boogaloo*, sí se refirió a ANTIFA como los hacedores de los disturbios y caracterizó al grupo (que también es descentralizado) como terrorismo doméstico a pesar de no haber aportado pruebas hasta el momento.

Por otra parte, está el debate entre el Estado federal y los gobiernos estatales sobre los instrumentos a utilizar para atender las situaciones de disturbio social. Trump no sólo avala la militarización de la policía, sino que propuso a los gobernadores que recurriesen a las guardias nacionales y anunció que si no lo hacían invo-

caría la ley de insurrección e involucraría a las Fuerzas Armadas. Su afán por militarizar las calles contra los ciudadanos estadounidenses ha abierto una brecha con los uniformados y con gran parte de los políticos. En este punto, es bueno recordar que la propuesta de desvanecer la frontera entre seguridad y defensa ha sido invocada por Washington para que la apliquen otros estados, pero en muy pocas ocasiones se lo ha hecho fronteras adentro en tanto se entiende que esto afecta su calidad democrática.

- e- El poder económico financiero no ha sido acotado por ninguno de los partidos políticos. Desde la desregulación del sector iniciada en épocas de Nixon, pero convertida en un eje estructurante de la política doméstica y exterior por Ronald Reagan y su revolución neoconservadora (conservadurismo político y neoliberalismo económico) hasta los gobiernos de Clinton y su alianza entre ideas de progresismo político-social y neoliberalismo económico (neoliberalismo progresista en la expresión conceptual de Fraser) continuada por Obama, la política estadounidense quedó prisionera de los intereses de *Wall Street* mientras que el financiamiento de las campañas electorales por parte de la grandes empresas condiciona la agenda política de manera notoria. Trump en su campaña se mostró como parte de un populismo de derecha anti *establishment*, pero más allá de sus políticas comerciales proteccionistas y de la generación de empleo que logró hasta el estallido de la pandemia, la Secretaría del Tesoro de los Estados Unidos a cargo de Steven Terner Mnuchin, un ex administrador de fondos en Goldman Sachs, muestra que la influencia de *Wall Street* sigue intacta. Esta situación ha generado que el 1% más rico de la población concentre aproximadamente el 50% del ingreso de los Estados Unidos. Según datos de la Reserva Federal de noviembre de 2019, el 1% con más riqueza de los hogares estadounidenses ha disfrutado de los enormes rendimientos en el mercado de valores de los diez últimos años hasta el punto de que ahora controlan más de la mitad del capital en empresas públicas y privadas de Estados Unidos.

Ante esta realidad cabe preguntarse ¿Estados Unidos perderá abruptamente su poder mundial? La respuesta es no. Pero sin dudas, el breve listado (muy lejos de ser exhaustivo) de tensiones que se mencionaron sustentan las percepciones sobre que el país enfrenta un punto de inflexión. El estilo político de Trump y un sector importante de su base electoral no han mostrado vocación para unir al país, mientras que el partido demócrata se resiste a incorporar los reclamos de los sectores más progresistas que lo conforman. En este marco si el país no avanza en una serie de cambios políticos, económicos y sociales que apunten a un Estados Unidos más inclusivo sus atributos de poder y su autoridad para el liderazgo mundial se irán deteriorando de adentro hacia afuera.

Segundo Ensayo

No es un caso, son siglos de segregación y un orden en descomposición³

Anabella Busso

El último año ha mostrado un conjunto de hechos de diversas características, que acontecieron en distintas partes del mundo, pero que generaron grandes manifestaciones sociales y escenarios de violencia. Llama la atención que, en primera instancia, la mayoría de los análisis periodísticos y académicos subrayen como nota distintiva que estos hechos fueron “inesperados”. Así fue catalogado lo acontecido en Francia, Ecuador, Chile, Colombia, Haití, Líbano, Hong Kong, entre otros. En este contexto, la primera pregunta que surge es ¿son realmente estos hechos tan inesperados?, ¿no existen causas subyacentes que los expliquen?, ¿no será que parte de las élites políticas y económicas no querían ver los problemas por los que atravesaban sus sociedades nacionales?

Mi evaluación es que nada de lo acontecido es casual. Estamos frente a una profunda crisis del orden internacional, especialmente ligada a las consecuencias negativas de un sistema neoliberal basado en un capitalismo financiero que ha generado una distribución extremadamente inequitativa de la riqueza incrementando las diferencias existentes. Expresiones que aparecen cotidianamente en los análisis de coyuntura tales como “el 1 por ciento más rico” y “nosotros somos el otro 99 por ciento” sintetizan esta contradicción. Además, existe un proceso de alejamiento de las élites políticas de los problemas del ciudadano de a pie enmarcado en una ya larga crisis de los partidos políticos. Las demandas sociales son variadas y abarcan temas como educación, salud, jubilaciones, calidad democrática, representación de las minorías, fin del racismo, derechos de las mujeres, etc., pero en todas subyace la problemática de un contrato social en plena decadencia y, en muchos casos, fracturado. La pandemia de coronavirus visualizó aún más estas realidades.

El 25 de mayo este devenir de conflictos arribó a los Estados Unidos como consecuencia del asesinato a manos de un policía (en realidad de cuatro) de George Floyd, un ciudadano afroamericano de Minneapolis. El racismo y la brutalidad policial generaron una reacción masiva, con movilizaciones pacíficas en 40 ciudades a la que se sumaron actos de violencia y vandalismo generados por grupos minoritarios. Todo esto en un escenario donde el país se encuentra afectado fuertemente por la pandemia de COVID-19, con más de 104000 muertos, una caída abrupta de su nivel de empleo y disputas políticas propias de un año electoral.

³ Este ensayo fue publicado en Opiniones IRI, Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata, 3 de junio de 2020. Disponible en: <http://www.iri.edu.ar/index.php/2020/06/04/no-es-un-caso-son-siglos-de-segregacion-y-un-orden-en-descomposicion/>

Aunque suene obvio aclararlo, aquí tampoco las movilizaciones sociales por segregación racial son “inesperadas”. El racismo en Estados Unidos es un problema fundacional que nació con la esclavitud, fue un eje estructurante de la Guerra de Secesión (1861-1865) y, más allá de la legislación establecida en el siglo XIX, hubo que esperar hasta la década de 1960 para que el país discutiese los derechos civiles y políticos de los afroamericanos. Ese pasaje también fue virulento, involucró el “largo verano caliente de 1967⁴” y el asesinato del Martin Luther King⁵. Ambas situaciones generaron grandes revueltas sociales. En muchas de ellas el maltrato policial fue la mecha que prendió la llama.

Sin embargo, la problemática perduró y las heridas sociales no cerraron. Algunos sociólogos nos ilustran sobre la existencia de un fenómeno de “racismo cultural” que marca claramente la tensión entre raza y capitalismo. Para ellos, esta visión parte de la idea discriminatoria basada en el supuesto que determinadas minorías no tienen las condiciones o destrezas suficientes para tener una trayectoria exitosa en las aguas competitivas del capitalismo. Se supuso, equivocadamente, que el triunfo de Obama cerraría ésta herida. No fue así. Su llegada al poder despertó al *Ku Klux Klan*, mientras que si bien el Presidente fue el primer mandatario en funciones que visitó una cárcel federal en 2015, manifestó su preocupación por los criterios de encarcelamiento y por la predisposición de la Justicia a castigar los delitos menores con muchos años de cárcel y señaló la desproporción en el número de presos afroamericanos y latinos en comparación con la población blanca, no logró que el Congreso y la Justicia lo acompañaran en la generación de políticas destinadas a corregir el problema. Consecuentemente, Estados Unidos continúa siendo el país con mayor población carcelaria en presidios federales y estatales (unos 2.200.000 reclusos). Además, de acuerdo a la oficina de Estadísticas de Justicia al finalizar 2017, la tasa de encarcelamiento de hombres negros condenados (2,336 por

⁴ Con este nombre se conoce a los 159 disturbios raciales que asolaron Estados Unidos en 1967. Atlanta, Boston, Cincinnati, Buffalo, Tampa, Birmingham, Chicago, Nueva York, Milwaukee, Mineápolis, Newark y Detroit sufrieron las revueltas más destructivas. Durante el período que va desde 1940 a 1970 una parte considerable de la comunidad afroamericana que vivía en los estados del sur, donde las prácticas segregacionistas continuaban, se mudaron hacia las ciudades más desarrolladas del norte. A pesar de la aprobación en 1964 la Ley de Derechos Civiles que prohibía la discriminación racial en el empleo y, en 1965, la Ley de Derechos Electorales que prohibió las pruebas de alfabetización y creó derechos de voto para todos, independientemente de su raza, la vida de los afroamericanos continuó en un escenario de pobreza y su incorporación a una coalición democrática tampoco avanzó. Las revueltas fueron tan intensas, difundidas y prolongadas que, en algunos casos, se invocó la ley de insurrección y se militarizó el abordaje del conflicto.

⁵ Dado que los contenidos de las nuevas leyes no se concretaban en una igualdad ante la vida, la comunidad negra estadounidense expresó una radicalización en su discurso que se fue imponiendo sobre el ala más moderada del movimiento encabezada por Luther King. En este marco, el líder asumió una postura cada vez más crítica contra la pobreza y la guerra de Vietnam y fue asesinado mientras visitaba una huelga de los trabajadores recolectores de basura de Memphis, Tennessee, en 1968. Su asesinato desató una nueva ola de revueltas que alcanzó a 125 ciudades incluida Washington. El presidente Johnson, sobrevoló la ciudad que estaba en llamas, con enfrentamientos y barricadas por doquier. Para lograr retomar el control, el Gobierno Federal envió 13.000 soldados, en lo que se considera como la mayor operación de ocupación de una ciudad estadounidense desde la Guerra Civil.

100,000 negros residentes masculinos en EE. UU.) era casi seis veces mayor que la de hombres blancos condenados (397 por 100,000 blancos residentes masculinos en EE. UU.). Por otra parte, al cierre de 2016, se estimó que el 60% de los hispanos y negros sentenciados a cumplir más de uno año en prisión estatal habían sido condenados y sentenciados por una ofensa violenta, comparado con 48% de los prisioneros blancos.

En el verano de 2014, los acontecimientos de Ferguson (Misuri) donde la policía también mató Michael Brown, un joven afroamericano de 18 años desarmado dio lugar al nacimiento del movimiento anti racista *Black Lives Matter*. Este movimiento ha supuesto una verdadera revolución a la hora de dar forma al descontento social causado por la discriminación y la desigualdad racial en Estados Unidos. Muchos los han comparado al Movimiento de Derechos Civiles y al Poder Negro.

Con estos antecedentes no es pertinente señalar que el problema nació con la llega al poder de Donald Trump. Sin embargo, su campaña electoral y sus acciones de gobierno tendieron a complejizar la situación. Trump enarboló conceptos xenófobos, racistas misóginos y engalanó a los supremacistas blancos y a los defensores del uso de armas.

En agosto de 2017, un grupo de supremacistas blancos realizó una manifestación en Charlottesville. El joven James Alex Fields, Jr. arrolló con un automóvil a un grupo de contra-manifestantes, causando la muerte de la activista Heather Hayer y dejando heridas a otras 19 personas. La respuesta de Trump fue: "ambos bandos" son culpables de la violencia registrada en Charlottesville debido a que la extrema izquierda cargó contra los supremacistas blancos que tenían sus permisos en regla para marchar. Pocas veces un presidente de Estados Unidos ha sostenido a los grupos de extrema derecha de esta manera.

Su reacción en estos días fue presentarse como el Presidente de la ley y el orden y preparó una respuesta destinada a conservar su base electoral. Presionó a los gobernadores a que recurran a la Guardias Nacionales y, en caso que no lo hagan, anunció que invocaría la ley de insurgencia y movilizaría a los militares. Por otra parte, si bien reconoció que existía el derecho a la manifestación pacífica puso poca atención en el reclamo central en torno al fin del racismo y la brutalidad policial y se concentró en la identificación de los responsables de disturbios violentos. Rápidamente dijo que los culpables eran los grupos extremistas de izquierda y ANTIFA y en su discurso del 1 de junio lo presentó como "terrorismo doméstico". De esta manera Trump cerró el paquete de confrontación para su campaña. Ahora tiene a China como enemigo externo y a ANTIFA y los grupos de izquierda como enemigos domésticos. Este diagnóstico le permite recuperar la lógica propia de los populismos de derecha basada en una solución de expulsión de todo aquello que es percibido como amenaza por el ciudadano medio estadounidense. Su proyecto se resume en purgar de elementos extraños a la sociedad estadounidense y trabajar sobre los miedos: tengan miedo, yo me hago cargo de cuidarlos. Queda por ver si ese ciudadano medio lo acompañará o si sólo lo hará su base electoral más dura.

Los demócratas también tienen su responsabilidad. Siendo el partido al que votan mayoritariamente los afroamericanos y otras minorías, se ha resistido a afrontar un proceso de cambio que es demandado por los más jóvenes y por aquellos sectores políticos y movimientos sociales que apoyaron a Bernie Sanders. Prevalece la idea de diseñar la política desde el *establishment* político hacia abajo y negarse a incorporar un proceso de demandas que viene de abajo hacia arriba y que reclama la interrupción de la influencia de Wall Street. Joe Biden, candidato sin primarias finalizadas debido a la pandemia de Coronavirus, ha subido en las encuestas, pero no ha logrado mostrarse como un líder apto para conducir un proceso de cambio absolutamente necesario en el sistema político estadounidense.

Puede ser que las revueltas y las manifestaciones cedan, pero las tensiones permanecerán. El escenario de campaña electoral es impredecible, pero la necesidad de superar la segregación y las diferencias sociales se entrelaza con el futuro de los Estados Unidos.

Tercer ensayo

Trump y el COVID-19: las heridas permanecerán⁶

Anabella Busso

Desde el estallido de la pandemia de COVID-19 en Estados Unidos el Presidente Trump sostuvo que su gestión para atender la crisis fue exitosa. Esa postura se exacerbó el 5 de junio cuando los datos económicos mostraron una recuperación del empleo durante el mes de mayo. En ese contexto Trump afirmó que haber cerrado el contacto aéreo con China salvó muchas vidas y argumentó que de no haberlo hecho podrían haber muerto dos millones de estadounidenses. Si el análisis parte de ese número imaginario de posibles muertos podríamos convenir que sus afirmaciones tienen algún componente de veracidad. Sin embargo, una mirada más amplia que incluya distintas dimensiones y los datos existentes hasta el presente pone bajo la lupa su discurso optimista, propio de un año electoral.

Para enmarcar este análisis lo primero que corresponde señalar es que a la fecha (7/6/2020) Estados Unidos, que aún conserva la condición de país más poderoso del globo, encabeza la lista mundial de muertos e infectados con 110.037 fallecidos y 1.928.094 de enfermos de COVID-19. A modo de referencia, estos números superan la

⁶ Este artículo fue publicado en “EL tiempo que vivimos. COVID-19 y su impacto en nuestras sociedades”, Boletín desde el Sur N1, compilado por Miryam Colacrai y Silvia T. Álvarez Boletín, Comité de Ciencias Políticas y Sociales de la Asociación de Universidades Grupo Montevideo. Publicación anual digital en soporte PDF. Número 1. Año, UNR EDITORA. agosto 2020.

cantidad de soldados estadounidenses que fallecieron en los escenarios de guerra posteriores a la Segunda Guerra Mundial: 36.574 en la Guerra de Corea; 58.220 en Vietnam; 383 en la Guerra del Golfo; 4490 en la Guerra de Irak (si sumamos hasta su final en 2011) o 4580 (si se incluye la lucha contra ISIS) y 2400 en Afganistán desde 2001 hasta 2019⁷. La comparación muestra a las claras lo significativo del número de vidas perdidas como consecuencia de la pandemia y, como afirmó el *New York Times* “*They were not simple names on a list. They were us*” (U.S Deaths near incalculable loss. May 24, 2020, p.1).

En la mirada más amplia que proponemos para analizar el impacto del COVID-19 en Estados Unidos bajo la administración Trump incluimos cinco aspectos, que de ninguna manera pretenden ser exhaustivos, pero que entendemos son relevantes: la baja importancia que el presidente le asignó a las advertencias sobre la pandemia; los enfrentamientos entre el gobierno federal y los gobiernos estatales; las consecuencias económicas; el mayor impacto de la pandemia sobre la comunidad afroamericana y la potenciación de los conflictos raciales y la renuncia de Donald Trump a generar bienes públicos globales a pesar del rol de los Estados Unidos en el orden internacional.

Comenzando por el primer factor es notoria la escasa atención que Trump le brindó a las recomendaciones e informes sobre la gravedad de la pandemia. Si bien esta conducta queda evidenciada en las acciones y discursos del Presidente que optó por la economía sobre la salud, apostó al uso de hidroxiclороquina –un medicamento en debate sobre su utilidad para tratar el COVID-19– y hasta llegó a sugerirle al cuerpo médico que lo asesora la posibilidad de ingerir detergentes o desinfectantes para matar al virus, entendemos relevante mencionar las fuentes que muestran el nivel de alerta con que contaba la Casa Blanca.

La más directa de ellas provino del principal asesor comercial, Peter Navarro, quien advirtió muy claramente cuán mortal y económicamente devastador podría ser el brote de coronavirus para Estados Unidos, semanas antes de que se convierta en una pandemia. Navarro entregó las advertencias a varios miembros del gobierno vía memorandos internos entre enero y febrero pasado, sosteniendo que en Estados Unidos se podrían registrar hasta dos millones de muertes y billones de dólares en daños económicos. De acuerdo a *The New York Times* (que tuvo acceso a los archivos), el primer memorando de Navarro fue fechado el 29 de enero y dirigido al Consejo de Seguridad Nacional. En esos informes, Navarro defendió una prohibición inmediata de viajar a China (Trump fue avisado en enero y febrero, 2020). Por otra parte, *The Washington Post*, informó que de acuerdo a un reporte basado en fuentes cercanas al tema de COVID-19 e informes de inteligencia se puede comprobar que se advirtió de la situación tanto a la administración Trump como al Congreso estadounidense en los meses de enero y febrero de 2020. Se-

⁷ Para la obtención de estos datos se consultó: ¿Cuántas fueron las bajas militares estadounidenses en conflictos pasados? (2010). Los dos soldados estadounidenses muertos en Afganistán eran latinos (10 de febrero de 2020) y los datos disponibles en la página de ICasualties. Recuperados de: <http://icasualties.org/>

gún el diario "A pesar de los informes en curso, Trump continuó subestimando la amenaza del virus para Estados Unidos. Del mismo modo, a los congresistas no les importó esta situación hasta que el COVID-19 se volvió un serio problema en el país..." (como se citó en Baykan, 2020).

Un dato adicional lo constituye la información previa sobre el posible estallido de esta pandemia, u otra similar, y la resistencia de las élites económicas neoliberales frente a las advertencias del mundo político y científico en torno a la necesidad de prepararnos para este escenario. Una revisión de discursos y documentos públicos así lo demuestra. George W. Bush se refirió al tema en 2005 y Obama en 2014⁸; en 2007 un estudio científico aclaraba que los coronavirus pueden sufrir recombinaciones genéticas que llevan a nuevos brotes y que los grandes reservorios de murciélagos junto a la tradición cultural de comer mamíferos exóticos en China era una bomba de tiempo (Cheng, Lau, Woo, Yuen, 2007, p. 660) y un informe del *National Intelligence Council* de diciembre de 2004 titulado *Mapping the global future 2020* adelantó que el proceso de globalización podría ser detenido por una pandemia, que sólo era una cuestión de tiempo para que la misma aparezca, que podría ser similar a la gripe española de 1918, que afectaría más a las grandes urbes, que paralizaría el comercio internacional y los viajes globales y que la cantidad de muertos obligaría a los gobiernos a invertir grandes sumas de dinero en la salud pública. Todos estos datos muestran que Washington poseía información tanto sobre la posibilidad de la llegada de una pandemia como de la gravedad del COVID-19.

Una segunda cuestión que afectó la imagen del gobierno central fue su rivalidad con los gobernadores, en especial los demócratas, en torno a la manera de gestionar la crisis. En varias declaraciones el gobernador del estado de Nueva York, Andrew Cuomo, manifestó su enojo por las demoras en la asistencia del gobierno federal y en la aplicación de una lógica de mercado para la provisión de suministros (Dramático pedido de ayuda del gobernador de Nueva York al gobierno, 24 de marzo de 2020). Además, varios gobiernos estatales de ambos partidos declararon que la Casa Blanca no colaboraba con las decisiones de los gobernadores para establecer el aislamiento y muchas veces intervenía en las compras de insumos realizadas por los gobiernos estatales con el fin de desviarlas (Goldman, 2020).

Un tercer aspecto es el económico. Al igual que en el resto de los países los efectos de la pandemia sobre las economías nacionales fueron y son muy significativos. En el caso particular de los Estados Unidos los números mostraron que la economía había perdido todo el crecimiento obtenido durante los tres años de la administración Trump. A esto se sumó una merma de puestos de trabajos que se reflejó en la solicitud de 40 millones de subsidio de desempleo hasta abril inclusive, equivalente a un desempleo del 14,7 %. Esta cifra sólo fue superada en la Gran Depresión de los años '30, cuando llegó a 24,9 %. Además, Jerome Powell, Jefe de la Reserva Federal, sostuvo que el desplome

⁸ Los discursos de los presidentes Bush y Obama pueden verse respectivamente en los siguientes links: <https://www.youtube.com/watch?v=spcj6KUr4aA>; <https://www.youtube.com/watch?v=GFQTYIRTJIE>

de la economía tuvo como detonante el COVID-19 y que este podría hacer retroceder el PIB mundial y de Estados Unidos entre el 20 y 30 % en el trimestre.

Sin embargo, el 5 de junio el Departamento de Trabajo informó una disminución del desempleo desde el 14,7 en el mes de abril a un 13,3% en mayo. Esto significa la creación de 2,5 millones de puestos de trabajo. Ante este dato Trump volvió a su discurso exitista. En una conferencia en la Casa Blanca declaró

Es un gran día para nuestro país, una ratificación de todo el trabajo que estamos haciendo desde hace tres años y medio. Teníamos la mejor economía en la historia del mundo y esa fuerza nos ayudó a atravesar esta pandemia (...) Lo que pasó hoy es extraordinario. Creyeron que el número iba a ser una pérdida de 9 millones de empleos, pero ganamos casi 3 millones (...) Esto nos lleva a un largo período de crecimiento y volveremos a tener la mejor economía del mundo (...) Nuestro cuerpo estaba tan fuerte que pudimos cerrar nuestro país, salvar millones de vidas, detener muy temprano la llegada de personas de China. Después pasamos a hacer respiradores como no se había visto desde la Segunda Guerra Mundial y ya hicimos más de 20 millones de testeos, más que nadie en el mundo. Tenemos más casos que cualquier otro país porque hacemos más testeos (...) Se hablaba de un crecimiento en forma de 'V', pero será en forma de cohete (...) Esta no es una recesión (Donald Trump, sobre la baja del Desempleo, 5 de junio de 2020).

Si bien el optimismo de Trump se basa en la sorpresa que generó el incremento del empleo, sus afirmaciones parecen un tanto apresuradas y electoralistas. Como afirma Joseph Stiglitz “Muchos líderes empresarios siguen hablando del crecimiento continuo del PIB y de los récords bursátiles. Pero no son buenos indicadores del desempeño económico: ambos callan en relación con lo que sucede en el nivel de vida de la gente de a pie, y no dicen ni una palabra sobre sostenibilidad” (Restivo, 2020). En consonancia, con este argumento es importante subrayar que la pandemia incrementó nuevamente el nivel de concentración de la riqueza en el país. Como se informó en numerosos titulares de prensa los súper ricos en Estados Unidos (aquellos que son partes del llamado 1 % más rico) son hoy 15% más ricos que antes del estallido de la pandemia.

Otro factor central vinculado a la gestión de la crisis provocada por el COVID-19 en Estados Unidos es la relación entre raza y pandemia. Un análisis del *Washington Post* basado en los datos disponibles sobre muertes y demografía muestra que los condados que son mayoritariamente negros tienen tres veces la tasa de infecciones y casi seis veces la tasa de muertes que los condados donde los residentes blancos son mayoría. Si bien funcionarios y expertos en salud pública señalaron como causas de la mayor mortalidad ante el COVID-19 a la existencia de generaciones de discriminación y desconfianza entre las comunidades negras y el sistema de atención médica; que en la comunidad afroamericana existen mayores índices de patologías previas (diabetes, hipertensión, sobrepeso, problemas cardiovasculares, entre otros) también es verdad que los

afroamericanos tiene más probabilidades de no tener seguro médico y vivir en comunidades con instalaciones de salud inadecuadas (Thebault . R.; Ba Tran A.; Williams V., 7 de abril de 2020), en viviendas pequeñas con muchos habitantes donde no es posible el aislamiento a lo que se suma que, quienes conservaron el empleo, tuvieron que seguir trabajando en las calles durante la pandemia (policías, empleados de aeropuertos, bodegueros, domiciliarios, recolección de residuos, transporte) lo que los expuso especialmente.

El 25 de mayo como consecuencia del asesinato a manos de un policía (en realidad de cuatro) de George Floyd, un ciudadano afroamericano de Minneapolis, el racismo y la brutalidad policial generaron una reacción masiva, con movilizaciones pacíficas en 40 ciudades a la que se sumaron actos de violencia y vandalismo generados por grupos minoritarios. Si bien el racismo estructural en Estados Unidos no nació con la llegada al poder de Donald Trump, lo que sí debemos destacar es que su campaña electoral y sus acciones de gobierno tendieron a complejizar la situación. Trump enarbó conceptos xenófobos, racistas, misóginos y engalanó a los supremacistas blancos y a los defensores del uso de armas.

Este último punto une varias cuestiones ligadas a la pandemia. En primer lugar tanto la incidencia en contagios y muertes como la brutalidad policial muestran que la comunidad afroamericana sigue sufriendo los efectos de la segregación racial de manera atroz. Además, los grupos supremacistas blancos favorables a la guerra racial son también partidarios del uso de armas y tienen una clara postura anti cuarentena como lo mostró la toma por las armas del Capitolio de Michigan donde dichos sectores reclamaban por la apertura. Lo central aquí es que estos actores son una parte significativa de la base electoral de Donald Trump. Como en muchas otras cuestiones, la pandemia de COVID-19 puso sobre la mesa desigualdades preexistentes a la vez que las potenció, exaltó las rivalidades mostrando sociedades divididas y puso a los sectores políticos enmarcados en distintos modelos de derecha (populismos de derecha, *Alt Right* y las nuevas derechas) en una postura extrema y opuesta a las opiniones de la comunidad científica. Estados Unidos fue -y aún es- un escenario prioritario de todas estas disputas donde el Presidente no busca la unidad, sino que alienta las divisiones.

Finalmente, en el contexto internacional ha quedado claro que la administración Trump no generó bienes públicos globales o no le interesó generarlos.

Un primer ejemplo de ello fue enmarcar la pandemia en un esquema de confrontación geopolítica acusando a China de ser la generadora del virus (por muchas semanas Trump no se refirió al coronavirus, sino al virus chino) y, posteriormente, exigirle a Beijing una política de compensación por las consecuencias económicas de la pandemia. Con la misma lógica se comportó frente a la Organización Mundial de la Salud. La acusó

de estar manejada por China y anunció el retiro de Estados Unidos, el principal aportante.

Por otra parte, las acciones destinadas a contener la pandemia a nivel global se vieron limitadas porque las políticas sanitarias de Washington para evitar la proliferación del virus no han tenido buenos resultados hasta el momento. En este sentido, Estados Unidos está lejos de contar con un modelo “exportable” de manejo de la crisis (Peirón, 2020 como se citó en Gullo y Marina, 2020). Además, la política de cooperación con otras naciones canalizadas en aportes financieros a la asistencia sanitaria, humanitaria y económica provista a sus socios en el extranjero (Departamento de Estado de Estados Unidos, 2020) tuvieron un formato agencial (desde una agencia estatal a una agencia de otro Estado) más que una política de Estado. En ese marco, sus contribuciones han quedado ensombrecidas por el crecimiento de la cooperación internacional china.

Por otra parte, la escasez de recursos humanos e insumos para atender a la gran cantidad de contagiados fue enfrentada por Trump con una actitud extremadamente nacionalista. A modo de ejemplo, trató de comprar un desarrollo de vacuna de científicos alemanes para uso exclusivo de los Estados Unidos; prohibió la exportación de instrumentos considerados esenciales y escasos para hacer frente al virus, como respiradores, máscaras, barbijos protectores, guantes, entre otros. Además, suspendió la inmigración y decidió unilateralmente la interrupción de los vuelos con Europa. Estas decisiones generaron reacciones de descontento en otros países. Además, los grandes aliados ideológicos que tuvieron inicialmente un modelo similar para abordar la pandemia terminaron, por distintas razones, tomando un camino distinto. Boris Johnson, después de pasar unos cuantos días en terapia intensiva, abandonó la teoría de la inmunidad del rebaño y se posicionó a favor de la salud pública. Jair Bolsonaro, continuó e incrementó su postura anticuarentena conduciendo a Brasil a una situación muy compleja que es criticada mundialmente. Ante ese escenario Trump comenzó a desmarcarse transitoriamente de su principal aliado en el Cono Sur.

Como sostuvimos, la pandemia de COVID-19 no sólo puso sobre la mesa tensiones e inequidades preexistentes, sino que las intensificó. Como en otros países en algún momento la intensidad de la pandemia disminuirá. Sin embargo, las heridas generadas por el alto número de víctimas, el deterioro de la economía, la mayor inequidad en la distribución de la riqueza y el reclamo por el fin del racismo, permanecerán. El estilo político de Donald Trump y un sector importante de su base electoral no han mostrado vocación para unir al país y avanzar en una serie de cambios políticos, económicos y sociales que Estados Unidos deberá afrontar si pretende un futuro próspero e inclusivo. De no hacerlo los atributos de poder ligados al liderazgo mundial se irán deteriorando de adentro hacia afuera.

Referencias

- Baykan. D. (21 de marzo de 2020). The Washington Post: Inteligencia advirtió a Trump sobre posible pandemia de COVID-19 en enero. Anadolu Agency. Recuperado de: <https://www.aa.com.tr/es/mundo/the-washington-post-inteligencia-advirti%C3%B3-a-trump-sobre-posible-pandemia-de-covid-19-en-enero/1774360>
- Busso. A. (2008). Identidad y fuerzas profundas en Estados Unidos. Excepcionalismo, tradición liberal- tradición conservadora, aislacionismo-internacionalismo, política y religión: su impacto en la política exterior”, en Busso Anabella (compiladora), *Fuerzas Profundas e identidad. Reflexiones sobre su impacto en la política exterior. Un recorrido de casos*, Tomo I, E- Book, UNR Editora, Rosario, Argentina, págs.19 a 80.
- Cheng. V., Lau. S.K.P, Woo. P., Yung Yuen. K. (2007). Severe Acute Respiratory Syndrome Coronavirus as an Agent of Emerging and Reemerging Infection. *Clinical Microbiology Review*, Vol 20, N 4, 660-694.
- Cuántas fueron las bajas militares estadounidenses en conflictos pasados? (29 de agosto de 2010). América Economía. Recuperado de: <https://www.americaeconomia.com/politica-sociedad/politica/cuantas-fueron-las-bajas-militares-estadounidenses-en-conflictos-pasados>
- Donald Trump, sobre la baja del desempleo en Estados Unidos: “Lo mejor está por venir” (5 de junio de 2020). Infobae. Recuperado de: <https://www.infobae.com/america/eeuu/2020/06/05/en-vivo-habla-donald-trump-sobre-la-baja-del-desempleo-en-estados-unidos/>
- Dramático pedido de ayuda del gobernador de Nueva York al gobierno: ¿Si no es ahora, cuándo?. (24 de marzo de 2020). Telám. Recuperado de: <https://www.telam.com.ar/notas/202003/444099-nueva-york-coronavirus-gobernador.html>
- Fraser. N. (enero 2017). El fin del neoliberalismo progresista, *Sin Permiso*. Recuperado de: www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista
- Goldman. J. (2 de mayo de 2020). La guerra de Trump con los gobernadores. Enfrentamientos en Estados Unidos para conseguir insumos médicos. Página 12. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/263269-la-guerra-de-trump-con-los-gobernadores>
- Gullo. M.I, y Marina M. F. (2020). De espaldas al mundo: la administración Trump ante el nuevo escenario mundial de pandemia en Busso A. (coord.) *Relaciones Internacionales en Tiempos de Pandemia*, documento de trabajo del CIPEI y Revista Perspectiva. Recuperado de: <https://rehip.unr.edu.ar/handle/2133/18304>

- Johnson. L. B. (1953) Public Papers, Washington, 1963.
- Kammen, M.. (1993), "The Problem of American Exceptionalism: A Reconsideration". *American Quarterly*, Vol. 45, No. 1, March 1993, pp. 1-43
- Lipset, S.M. (2000). El excepcionalismo norteamericano. Una espada de dos filos, Fondo de Cultura Económica, México.
- Los dos soldados estadounidenses muertos en Afganistán eran latinos. (10 de febrero de 2020). EFE News Washington. Recuperado de: <https://www.efe.com/efe/america/ame-hispanos/los-dos-soldados-estadounidenses-muertos-en-afganistan-eran-latinos/20000034-4169847>
- National Intelligence Council. (December, 2004). Report: Project Mapping the global future. Recuperado de: https://www.dni.gov/files/documents/Global%20Trends_Mapping%20the%20Global%20Future%202020%20Project.pdf
- Restivo. N. (7 de junio de 2020). La pesadilla americana. Página 12. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/270288-la-pesadilla-americana>
- Thebault . R.; Ba Tran A.; Williams V. (7 de abril de 2020). El coronavirus está infectando y matando a los estadounidenses negros a un ritmo alarmantemente alto. The Washington Post. Recuperado de: <https://www.washingtonpost.com/nation/2020/04/07/coronavirus-is-infecting-killing-black-americans-an-alarmingly-high-rate-post-analysis-shows/?arc404=true>
- Tocqueville. A. (1987). La democracia en América. Fondo de Cultura Económica, México. Vol. I y II.
- Trump fue avisado en enero y febrero. (7 de abril de 2020). ANSA Latinoamerica, agencia Italiana de Noticias. Recuperado de: http://www.ansalatina.com/americanalatin/noticia/sociedad/2020/04/07/trump-tuvo-un-aviso-anticipado-de-la-crisis_dcf1a59d-6331-43a2-8d33-bb447b1b2b33.html
- U.S Deaths near 100,000, an incalculable loss. (24 de mayo de 2020). The New York Times.
- U.S. Department of Commerce. (2020) Statement from U.S. Secretary of Commerce Wilbur Ross on Q1 2020 GDP Advance Estimate. Recuperado de: <https://www.commerce.gov/news/press-releases/2020/04/statement-us-secretary-commerce-wilbur-ross-q1-2020-gdp-advance>
- Walt S. M (28 de abril de 2020). Why Bernie will win in 2020. *Responsible Statecraft*. Recuperado de : <https://responsiblestatecraft.org/2020/04/28/why-bernie-will-win-in-2020/>
- Warren. E. (9 de junio, 2020). We must ensure safe, easy, and accessible voting before this happens across the country in November and disenfranchises millions

of voters. Recuperado de:
<https://twitter.com/ewarren/status/1270527476960198669?s=>

Documentos

¿2020 Democratic Party Platform. Recuperado de: <https://www.demconvention.com/wp-content/uploads/2020/08/2020-07-31-Democratic-Party-Platform-For-Distribution.pdf>